

PAGINA LITERARIA

Quincenas

En el primer centenario
del nacimiento de Gustavo
Adolfo Bécquer. S S

¡Cien años, ciento de tu natalicio, Gustavo Adolfo! Cien años hoy, y muchos después todavía, no te habían comprendido ¡Dolor, soledad, silencio! Un periódico de un pueblo andaluz, con esa peculiar tristeza del Sur, quiere orlar tu nombre en su página literaria, pobre, humilde y pequeña. ¡Qué mejor marco para tí!

¡Cien años, ciento de tu natalicio en Sevilla, al repicar de campanas en San Lorenzo una tarde sevillana de primavera en promesa!

Naces como poeta; en la penuria del hogar de artistas, con la inseparable desgracia en tu vida, triste como tu rima doliente; de humilde religiosa, de resignada queja...

Pronto tus padres se ausentan por camino sin retorno, y en tu juventud se proyecta la tristeza de la negra sombra de la orfandad.

¡Sueños de ilusión a orillas del Betis! ¡Perspectivas brillantes! Poeta, y, como poeta, por tu mente bulle una Corte, donde ves coronarse tus triunfos.

¡Sueños de fantasía! Dieciocho años, y siempre poeta.

Sueños que de la dicha forjada en sueños, se habían de convertir en tormentos, privaciones, infortunios, desilusiones y torturas. La mano que guiaba la pluma con que trazabas la rima, que era el retrato del alma de Andalucía.—La poesía era tu alma— Tus rimas fueron primero para una mujer; después, un regalo para todas.

Tu mano, esa mano sensible de artista, que guiaba la pluma en tus rimas; esa mano de artista que tu padre te legó, lo mismo que a tu hermano Valeriano, trazó el sentimiento de tu propio pueblo; por eso tus cantares tienen algo de cantares de la musa popular andaluza. Tu mano, una mano sin vigor físico, había de verse torturada al pintar puertas y ventanas. También panderetas; pero en éstas eras ya artista, y como travesura, en ellas escribías un verso. ¿Fue tu vida, vida?

Salistes de Sevilla con treinta duros; en Madrid pagastes seis reales de hospedaje; después, cinco; y luego de caridad en casa de unos amigos. ¡Vicisitudes, estrecheces! Paseaste tu tristeza por el Retiro y por el Prado. Un día, en uno de esos paseos, cantas una aria en el camino de Carabanchel; una rama simula el violín; tu bastón el arco; tus amigos te contemplan, y una vieja que te escucha exclama: «¡Pobrecillo! ¡Está loco y le llevan a Leganés!» Un día parció que empezaba una nueva existencia. Un amigo compadecido del poeta le proporcionó un destino de escribiente, con tres mil reales; pero, un día, el director que quería introducir algunas reducciones, visitó las oficinas. Bécquer tenía ante sí en aquel momento una obra de Shakespeare, mientras dibujaba en un papel algunas figuras.

Como sus dibujos eran admirables, los compañeros se agrupaban para verle trabajar, cuando llegó el jefe, que preguntó: «¿Qué significa esto?»

Gustavo respondió sin apercibirse: ¡Esta es Ofelia, que va deshojando su corona! ¡Este, un sepulturero!... ¡Más allá!...

Aquel día Bécquer era declarado cesante. Y siempre así.... Tu vida esa pobre vida melancólica, de muerte lenta. Siempre se vió atormentada por la suerte esquiva. Acaso tu vida no tendrá mas destello de alegría que la tarde venturosa en que desde un balcón de la calle del Perro, en Madrid, una sonrisa divina deja entrever los nacarados dientes de una mujer. Después, cuando te alejas, una mano marfilina se agita en el aire diciéndote adiós, tu recogistes la sonrisa y el adiós, y las escondiste en tu alma de poeta. Después era luz que iluminaba en el vagar por caminos, senderos y lugares de ensueño.

Cuando tu vida parece tranquilizarse, la muerte siega tus treinta y cuatro años. Como tu vida, tu entierro fué pobre. Un pequeño grupo de amigos te acompañó en el último peregrinar por la vida. Un pequeño grupo, con dolor, emoción y silencio.

¡Cien años, ciento del resonar de campanas en San Lorenzo! ¡Cien años; ciento de tu natalicio, el 17 de Febrero de 1836! Hoy, apartándose de la abrumadora vida materialista. Un periódico de un pueblo andaluz, con la peculiar tristeza del Sur, quiere orlar tu nombre en su página literaria, pobre, humilde y pequeña. ¡Qué mejor marco para tí!

F. MARTÍNEZ SILVERDE.

Madrid, febrero 1936.

¡EXCELSIOR!

¿Por qué los corazones miserables,
por qué las almas viles,
en los fieros combates de la vida
ni luchan ni resisten?

El espíritu humano es más constante
cuanto más se levanta:

Dios puso el fango en la llanura y puso
la roca en la montaña.

La blanca nieve que en los hondos valles
derrítese ligera,

en las altivas cumbres permanece
inmutable y eterna.

CONCURSO LITERARIO

En este Concurso podrán participar cuantos lo deseen con la única condición de tener abonada en esta Administración por lo menos la suscripción de un trimestre.

Consiste el concurso, en identificar el autor y la obra a que pertenecen los fragmentos que publiquemos,—ya que este concurso lo continuaremos en números sucesivos—o el autor y el título nada más, cuando lo publicado, sea una poesía.

Tiene como objeto este Concurso estimular la afición y los conocimientos literarios.

Los concursantes tendrán que enviar sus trabajos para los días 10 ó 25 de cada mes; es decir, cinco días antes de las fechas en que se publica LA REGION.

Si así lo expresan, se publicarán los nombres de los concursantes que hayan acertado.

A un mismo tiempo, las trompetas godas y los añafiles árabes dieron la señal de combate, y los gritos de—¡Cristo y a ellos! ¡y Alahuakbar!—se confundieron en pavoroso estruendo.

El suelo pareció hundirse al encuentro de aquellas enormes moles de hombres armados, y el eco de los botes de las lanzas en los convexos escudos y en las sonoras armaduras de los jinetes, repercutió por las laderas vecinas y se desvaneció a lo lejos, murmurando entre las peñas.

Desde la primera embestida, ya no fué posible distinguir los ejércitos, trabados como gladiadores fu-